

MANUEL DIEZ ALEGRIA

BOSQUEJO PARA
UNA SOCIOLOGIA EGIPCIA

Bosquejo para una sociología egipcia

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. MANUEL DíEZ ALEGRÍA (*)

Es bien conocido el postulado que distingue entre el viajero que ha visitado una comarca durante una semana, y publica a su vuelta un libro; el que ha permanecido allí varios meses y se limita a redactar algunos artículos explayando sus impresiones; y aquel cuya estancia ha durado algunos años y no escribe nada, porque es consciente de que nada sabe acerca de ese país. Este último es tal vez mi caso y por eso limitaré esta charla a unas impresiones, breves además, puesto que se tratará en ellas de uno de los países de historia más larga y también más compleja, en la cual se entremezclan tantos elementos distintos, que resulta difícilmente comprensible para una mente occidental.

“Con cada nuevo amanecer veo el dios-sol levantarse en la orilla opuesta del Nilo. Su primer rayo es para mi rostro que está vuelto hacia él. Y durante cinco mil años he visto subir en el cielo todos los soles que el hombre puede recordar.” Estas palabras se ponen en boca de la esfinge de Guiza, en el espléndido e inolvidable espectáculo de luz y sonido, que diariamente se muestra en las Pirámides de El Cairo. Esta es la sensación que domina cuantas consideraciones el visitante, el viajero, puede plantearse sobre Egipto: su impresionante antigüedad, que preside sobre todo y que hace que su historia

(*) Disertación en Juntas del 12 y 19 de mayo de 1981.

entera de miles de años se mantenga viva e influya constantemente sobre su organización de cada momento hasta la actual.

EL PAIS. EL NILO

Se trata de un país grande, un millón de kilómetros cuadrados en cifras redondas, que es realmente el último tramo del valle del Nilo. Su curso resulta encuadrado entre dos enormes desiertos constituidos por cadenas de montañas y mesetas que las continúan. Al oeste el desierto líbico se extiende hasta los confines de este otro país. Al este el desierto arábigo llega hasta las riberas del mar Rojo.

Y en el centro el río, en el que únicamente, salvo para unos pocos beduinos, puede concentrarse la vida. Herodoto, el griego, que fue uno de los primeros visitantes que proporcionó al mundo occidental noticias de esta comarca, dijo que Egipto es un don del Nilo y así es en efecto, pues sólo en sus orillas puede desarrollarse la vida humana. Y por eso aquel extenso país teórico queda reducido a una superficie real que no llega a los 40.000 kilómetros cuadrados verdaderamente poblados, con una concentración que supera a la de las comarcas europeas más densas de población.

La forma del Egipto fértil y por ende habitado, resulta pues comparable a una flor, con un largo tallo, unos pocos kilómetros vegetales en ambas orillas, para expansionarse en una amplia corola que es el Delta. Y aún cerca de éste presenta, como un botón de cierta amplitud, el gran oasis de El Fayún, regado por las aguas del lago Karum, de orillas desoladas sin embargo, y cuyo nivel va decreciendo con los siglos, por lo que es de temer su extinción final. También en el Delta existen bolsas de agua, casi siempre salada, de las que la más notoria es el lago Mariut, antaño de agua dulce, que encajona Alejandría entre su orilla norte y el Mediterráneo. En esta figura de flor están todas las ciudades importantes de Egipto, salvo las que bordean el Canal de Suez.

Para mí es el Nilo el primer monumento del país, con sus pobladas y feraces orillas, la animada navegación que lo surca, particularmente las pintorescas falucas de inmensas velas latinas. Después de la llamada primera catarata en Asuán, en realidad un rápido en uno de los paisajes tal vez más bellos del mundo, fluye con una anchura

y una majestad impresionantes. En este escenario se desarrolla toda la imponente historia de Egipto. Naturalmente, no vamos a detallarla, lo que exigiría más que un curso, pero sí a recorrerla sumariamente, máxime porque, como hemos dicho, todas sus épocas dejan un legado que en buena parte aún es actual. Por ello al examinar cada uno de sus períodos, pasaremos una ojeada sobre aquellos de sus componentes que todavía hoy están presentes en la sociedad egipcia.

PERIODO FARAONICO. LOS FELLAHIM

El período más desalumbrador, el más atrayente, el más apasionante de todos en esta historia es, naturalmente, el faraónico. Se extiende durante treinta y tres siglos a partir del año 3300 a. C. En él suelen distinguirse tres grandes divisiones, los Antiguo, Medio y Nuevo Reinos, separados por varios períodos intermedios, y a los que sigue una época de decadencia que acaba con la ptolemaica, helenizante, para caer al fin bajo la dominación romana.

En el Antiguo Reino, que inicia Menes con la reunión del Alto y Bajo Egipto, debe señalarse la III Dinastía en la que el Faraón Zoser construye el complejo de Saqqara y en él la primera pirámide escalonada. En la IV, Keops, Kefren y Micerinos levantan las incomparables de Guizeh, y en la V destaca la del rey Unas, arruinada por el exterior, pero intacta en su interior, cuajado de jeroglíficos. La capital de este Imperio estuvo predominante en Menfis, totalmente arruinada hoy, y en la que los escasos monumentos que allí se admiran corresponden a otros períodos.

El panteón de dioses faraónicos es extremadamente numeroso y diverso. Originalmente está integrado por las divinidades locales, que a veces adoptan figuras de animal, siendo los más notables el buey Apis, de Menfis; la diosa gata Bastet, de Bubastis; el chacal Anubis, originario de Cynópolis; Re, el sol, que a veces toma forma de escarabajo, procedente de Heliópolis, y algunos más que son comunes a varias ciudades, como la vaca Hathor o la leona Sekhmet. A medida que crece el poderío de esas localidades se extiende el culto de su totem, hasta crearse una mitología relativamente común, en la que destaca la llamada Eneada, integrada por nueve dioses de los que los más conocidos y principales son los cuatro hermanos, Osiris, casado con Isis, y Seth, marido de la dulce Neftis. El primer matrimonio

governaba la tierra con acierto y beneficencia suscitando la envidia de Seth, el dios de la violencia y del mal, quien mata y descuartiza a Osiris; sus restos son recogidos y embalsamados por las dos hermanas, debido a lo cual este dios se representa siempre en figura de momia y se considera como el rey de los muertos. El embalsamamiento fue tan perfecto que Osiris e Isis tuvieron aún un hijo, Horus, el halcón, el cual acaba dando muerte a su perverso tío.

Incomparable es el arte faraónico, sobre todo el de este período, para mí el más original y el más excelso de todos. Comprende también algunos de los monumentos más conocidos como las Pirámides, de las que todo el mundo tiene una idea, idea que se magnifica al contemplar la realidad. La más grande de todas, la de Keops, constituida por tres millones de bloques de piedra de un peso medio cada uno de dos toneladas largas; en su área se dice cambrían San Pedro, de Roma, y las catedrales de Burgos y León, de Florencia y de Milán. Creencia extendida es que estos gigantes fueron construidos por un ejército de cien mil esclavos, pero en la realidad parece se trataba de trabajadores voluntarios, enganchados durante el período de la inundación y por motivos religiosos.

Al costado de la de Keops, en una construcción horrenda, entregada además a la incuria que deja arruinarse lo instalado para su preservación, está la embarcación destinada a transportar en la eternidad el alma del Faraón acompañando al sol. La visita, raramente permitida, a esta espléndida embarcación de madera de cedro del Líbano, con sus más de cien codos de longitud, su quiosco real en el centro y sus enormes remos, deja pasmado el ánimo. Como lo hace la gigantesca e impresionante esfinge situada al pie de la pirámide de Kefrén.

Pero en mi opinión obras aún más finas se encuentran en el complejo funerario de Saqqara. Los relieves que adornan el interior de las tumbas son una muestra viva y real de la vida egipcia de entonces con escenas de la pesca en el río, de la preparación y presentación de las ofrendas o de las faenas de los matarifes. A veces se tiene ocasión de visitar una mastaba, una tumba individual más modesta que la pirámide, recientemente excavada, que conserva aún su momia en el interior y está decorada con frescos que mantienen sus colores como si fueran de ayer, reproduciendo escenas de la vida íntima de una familia. Sorprende el verismo de lo retratado y su semejanza con lo que hoy vivimos en materia de ambiente o de alimentación.

Tras el calamitoso Primer Período Intermedio emprende el Reino Medio una tarea de restauración a cargo de las dinastías XI y XII, en las que el faraón más saliente es Sesostri II, que dedica sus actividades principales al fomento de El Fayún en el que en tiempos, en Heracleópolis Magna, había estado la capital. El arte en este tiempo continúa las normas del reino antiguo, ya que una característica del arte faraónico es la constancia de sus cánones que, con una sola excepción que señalaremos, permanecen invariables durante tan largo plazo de siglos.

Cabe señalar, sin embargo, que para sustituir los relieves que en las tumbas antes citadas representan a los servidores de la momia, aparecen los ushabtis, figuritas de madera, cerámica u otros materiales, bien sueltas o bien agrupadas representando embarcaciones, unidades militares o escenas domésticas, que permiten hacerse una idea clara de lo que era la vida en aquellos remotos tiempos. Particularmente debe señalarse, entre las contenidas en el museo de El Cairo, la maqueta vivaz de una inspección que pasa el dueño de una hacienda, ante el que desfilan sus servidores y ganados mientras un escriba va haciendo inventario y en un rincón se castiga a un servidor infiel.

Un Segundo Período Intermedio, y estamos en el Reino Nuevo, el más floreciente y poderoso de los tres que se consideran. Empieza con un período de expansión para terminar en una angustiada defensiva ante los ataques procedentes del este y del sur. Casi todo el tiempo tuvo su capital en Tebas, y los templos de Karnak puede decirse fueron construidos por todas las dinastías que se sucedieron en este período. De ellas la más notable es la XVIII en la que sobresale la reina Hatchepsut, verdadero Faraón con todas sus insignias, incluso la falsa barba, que erige en la inmensa necrópolis de Tebas, el imponente templo funerario en terrazas de Dair el Bahari, digno de atención por su intento de fundirse con la elevada escarpa que cierra ese valle. El más interesante de sus faraones es Amenofis IV, quien, sostenido por su esposa la bellísima Nefertiti, se opone a la religión dominante de Amón y establece la monoteísta de Atón, de quien el sol es su testimonio, no su dios. Cambia su nombre por el de Akhenaton (agradable a Atón) y traslada su capital a Akhetaton, hoy puras ruinas en Tell el Amarna. A su muerte vencen los poderosos sacerdotes de Amón, y su sucesor Tutankhamon vuelve a Tebas y restablece el antiguo culto.

Este monarca muere antes de los veinte años, después de un reinado de sólo seis, y ni siquiera su pequeña tumba estaba aún acabada, pero, al permanecer inviolada, proporcionó a Howard Carter, en 1922, los increíbles tesoros que llenan nada menos que una quinta parte del gran Museo egipcio, más que museo un almacén de obras maestras, tanta es la cantidad y la calidad de lo que en él se encierra. Si en esas condiciones, el tesoro sepultado con la momia de Tutankhamon era tal, ¿cuál sería para los grandes faraones que reinaron mucho tiempo y obtuvieron tantas victorias como el que vamos a citar a continuación?

El más importante de todos los del Nuevo Reino es, sin duda, Ramsés II, que ocupó el trono durante treinta y siete años, gobernó felizmente y cuyo genio militar y político consiguió detener las potentes ofensivas de hititas y asirios. Dejó también monumentos imperecederos como los de Luxor y Abu Simbel. El arte de este período puede, sin exageración, calificarse de grandioso, aunque tal vez esté falto de la originalidad y la finura de sus orígenes en el Viejo Reino. El que tenga la dicha de visitar los templos y sepulturas de Luxor y los, en mi sentir, insuperables de Abu Simbel, con sus gigantescas estatuas del Faraón y su interior de cariátides y pinturas guerreras, no lo olvidará nunca.

Y vale la pena dedicar dos palabras al esfuerzo de salvamento de los monumentos de la Nubia amenazados por la construcción de la presa de Asuán, entre los que el del último citado constituye el ejemplo más saliente y que rescata muchas de las faltas de nuestra época hedonística y material. Excavado en la roca, fue necesario cortarlo en enormes bloques, para volver a montarlos sesenta metros más arriba, construyendo sobre todo una colina artificial para mantener en lo posible el aspecto primitivo. Y ello con tal precisión y cuidado que, si en el primitivo monumento, el día del solsticio, un rayo de sol penetraba hasta el fondo del templo para iluminar en la última cámara la imagen del Faraón con los tres dioses con él sentados, hoy, el mismo día, reciben la misma iluminación.

Pero los mayores tesoros artísticos de esta época proceden del Valle de los Reyes en la citada necrópolis de Tebas, en la cual las tumbas más notables son las de Seti I y Tutankhamon, cuya momia aún permanece allí encerrada en el último de los tres sarcófagos originales. Los otros dos, uno de oro macizo y el otro de madera reves-

tida de oro, están en el Museo de El Cairo, junto con la deslumbradora máscara funeraria de oro y lapislázuli y la infinidad de tronos, muebles, estatuas, carros de guerra y artefactos diversos de que antes hemos hecho mención.

Una excepción al hieratismo canónico del, a pesar de ello espléndido, arte oficial, lo constituye lo que ha llegado a nosotros del período amarniano y que, a pesar de la sistemática destrucción posterior, llena aún una sala del Museo. Liberado de trabas por el admirable idealista Akhenaton, se nos muestra con un realismo y una sinceridad fuera de serie, aunque también con cierto manierismo, simple característica de escuela, pero que incluso ha originado especulaciones acerca de las características vitales del Faraón. Solamente la preciosa cabeza en cuarcita, aún inacabada, de la reina Nefertiti, superior para muchos, cuya opinión comparto, a la muy bella y famosa de caliza pintada en el Museo de Berlín, bastaría para sublimizar una escuela.

Con el abandono de este monoteísmo incipiente y el inmediato arrasamiento hasta de sus vestigios, la mitología sigue dominada por Amón-Re, pero aparecen también divinidades nuevas de inspiración popular como Thueris, la diosa hipopótamo, violenta pero bienhechora, y sobre todos Bes, especie de gnomo deforme, alegre y bien intencionado, que preside en adelante todas las fiestas de este período y aun, como demonio, del cristiano posterior.

Sigue una época de progresiva decadencia y de dominación de Egipto por etíopes y persas, hasta la aparición de Alejandro Magno. Este visita Egipto, consulta, en el oasis de Siwa, el oráculo de Amón, quien le declara hijo del dios, y funda Alejandría, llamada a ser la segunda ciudad del país y en ciertos períodos la más determinante. A partir de su general Ptolomeo Sóter le sucede una dinastía helenizante en que la figura más conocida y destacada es Cleopatra VII, que consigue, gracias principalmente a sus encantos, volver a extender fugazmente los límites de Egipto. La batalla naval de Actium arrastra, con su muerte, la absoluta dominación del país por Roma, que, sin embargo, establece allí un régimen especial encabezado por un prefecto en lugar de los acostumbrados procuradores. Sus emperadores son considerados faraones egipcios y sus "cartuchos" (sus firmas jeroglíficas) figuran en muchos monumentos. El del español Trajano puede verse en el hermoso templo de Dendera, el más im-

portante entre los varios de la época griega que continúan la tradición artística faraónica y tal vez el mejor conservado de todos los que aún restan, así como también en el recientemente reconstruido templo de Philé.

Como supervivencia de esta época están los *fellahim* de hoy, los campesinos, que se mantienen ahora poco más o menos en las mismas condiciones que sus antepasados del lejano ayer. Constituyen aún la mayor parte, más de un 60 por 100, de la población y no han sido sumergidos ni por el cambio de los tiempos, ni por las dominaciones sucesivas. Los métodos de labranza del *fellah* son los mismos que en aquella remota edad y el aspecto del campo con sus norias, la riqueza de sus cultivos, sus viviendas, los ibis, pájaros blancos tan beneficiosos que prácticamente siguen considerándose sagrados, es de una belleza extrema que hace acudir a los labios un adjetivo: bíblico. Subsiste una fiesta en que participa toda la población egipcia y que es, indudablemente, originaria de estos tiempos pasados. Al llegar el Cham el Nesim, la fiesta de la primavera, todas las familias se dirigen al campo, a los jardines públicos, a las simples plazas, portando sus vituallas en un festejo de una alegría y un colorido extraordinarios.

PERIODO CRISTIANO. LOS COPTOS

A partir de Constantino la religión cristiana tiene estado oficial en el Imperio y particularmente en Egipto, donde aparecen los anacoretas de la Tebaida, fundados por San Pacomio, y nacen las primeras órdenes monásticas. Este país para al Imperio de Oriente que durante más de tres siglos le transmite sus preocupaciones y sus sutilezas teológicas. Los patriarcas, cabezas de las distintas iglesias, tienen pronto más poder real que los prefectos y es a ellos a quien el pueblo sigue durante las frecuentes controversias religiosas. Así, el arrianismo que, con algunas semejanzas con los planteamientos modernos del teólogo Hans Küng, sólo ve en Jesucristo un hombre "habitado" por Dios, es enfrentado por San Atanasio; San Cirilo de Alejandría se opone a Nestorio, que niega la unión hipostática en El de las dos naturalezas divina y humana. Pero la más definitiva de estas herejías es la de Eutiques, el monofisismo, que sólo ve en Nuestro Señor una naturaleza, la divina, que ha absorbido a la humana. Posiblemente por reacción contra sus dominadores, fieles bifisitas, la mayoría del pueblo egipcio se adscribe a la herejía dando origen a la iglesia copta.

Pocos son los cristianos en el Egipto de hoy, no llegando en total a un 20 por 100 de la población. La mayoría son coptos, aunque sea muy difícil precisar su número; según ellos mismos, serían unos siete millones; oficialmente, puesto que al Estado islámico no le gusta su existencia, sólo son 700.000; en la realidad estarán entre los cuatro o cinco millones, abrumadoramente monofisitas, pues de ellos poco más de 100.000 son católicos. Las otras iglesias en comunión con Roma, latina, maronita y armenia sólo cuentan con algunas decenas de millar de fieles, y los protestantes, evangélicos, anglicanos y los ortodoxos griegos son aún menos.

Los coptos, que se tienen a sí mismos por los genuinos egipcios, constituyen una clase más bien urbana de empleados y artesanos. Han sido capaces de crear un arte propio de origen grecorromano, pero asimilado y egipcianizado, que se distingue sobre todo por los elementos de su ornamentación; sobresalen los iconos y en especial los tejidos, cada vez más dignos de estudio y tomados en aprecio. Sus manifestaciones arquitectónicas más destacadas se encuentran en el llamado Viejo Cairo, en el antiguo núcleo de Fostat, primera fundación del conquistador Amr, en lo que luego crecería hasta ser la actual capital. Aparte del interesantísimo Museo copto se encuentran allí las iglesias de San Sergio y Santa Bárbara y la metropolitana, llamada por los árabes "la suspendida" por estar elevada sobre el terreno. El barrio copto es ciertamente pobrísimo, aun miserable, pero de un pintoresquismo que retrotrae a los tiempos de las Sagradas Escrituras. Es particularmente enternecedora allí la festividad del Domingo de Ramos, en que las casas se adornan con palmas y las gentes portan cruces de palmera entretejida, visitando las antedichas y otras iglesias en él existentes.

Como muestra de los viejos monasterios, y dejando aparte el de Santa Catalina, en el Sinaí, verdadero Museo sólo ahora accesible, merecen una cita los cuatro del Uadi Natrum, cerca de la carretera de Alejandría a El Cairo por el desierto. Todos los templos coptos, pequeños, de planta singular, con una decoración cuajada de simbolismos, ofrecen gran interés, pero son muy pobres y se muestran poco cuidados. Están servidos por un clero desaliñado y con más pretensiones que instrucción.

Asimismo y en lo referente al culto cristiano, ahora del católico, merece ser recordada la misa que todos los años se celebra el Día

del Papa. Preside en el presbiterio el Pronuncio apostólico, acompañado por el cardenal de los coptos católicos y los obispos de todas las confesiones orientales en comunión con la romana, más los coptos, ortodoxos y anglicanos que cortésmente asisten a la ceremonia, así como también lo hace un representante del Gobierno egipcio. La diversidad de las vestiduras talares, de los variados cubrecabezas, de los colores que van desde el negro dominante hasta la sotana carmesí del obispo anglicano, vienen a juntarse con la variedad de la larguísima ceremonia, en la que se alternan anualmente cada uno de los ritos melquita, caldeo, siriaco, armenio y maronita. La esencia de la misa es la misma nuestra, pero lo diverso de las ceremonias, lo extraordinario de los cantos, lo venerable de los antiguos lenguajes empleados, hacen del todo un espectáculo único, a la vez que despiertan una piedad secular. Abundan en Egipto los parajes con leyendas piadosas, propias de los evangelios apócrifos, tales como el árbol de la Virgen, bajo el que se dice encontró cobijo, situado en Matarieh, una aldea árabe medio salvaje, cuya visita resulta algo arriesgada, o en la cripta, hoy casi inundada, de la citada iglesia de San Sergio, donde la Sagrada Familia habría encontrado un refugio provisional.

PERIODO ARABE. EL ISLAM

Poco después de la epopeya de Mahoma, Amr, general del segundo sucesor del Profeta, el califa Omar, invade Egipto, que prácticamente no hace resistencia, y funda en lo que será El Cairo la primera mezquita. Vale la pena desmentir aquí una leyenda corriente en el mundo occidental: la de la destrucción de la biblioteca de Alejandría por orden de dicho Califa, quien habría razonado que si aquellos libros eran contrarios al sagrado Corán deberían ser destruidos, y si eran conformes a él, no valía la pena de conservarlos. En realidad la biblioteca había sufrido un primer incendio al conquistar César este país, si bien Antonio la había enriquecido de nuevo, pero fue totalmente abrasada hacia el año 270 con ocasión de disturbios internos en tiempo del emperador Aureliano. Por el contrario, y por una serie de razones no todas de carácter religioso, son de gran envergadura las destrucciones que los árabes consecutivamente realizaron. La Esfinge fusilada y cañoneada, el revestimiento de las Pirá-

mides empleado en construcciones, son algunas de las muestras presentables. Hasta el país perdió su nombre: en árabe, Egipto es Misr.

Sucesivamente dominan esta tierra los Omeyyas y los Abasidas, hasta que Tulum, un egipcio, se alza con el poder y funda una dinastía de corta duración. Caso extraño en la historia de las conquistas árabes, una invasión procedente del oeste, de la sagrada ciudad hoy tunecina de Kairuán, conquista Egipto. La secta islámica aquí dominante hasta ese momento es la sunnita —de los partidarios de la sunna o tradición—, en tanto que los invasores pertenecían a la secta shiita, que no reconoce a los califas posteriores a Ali, el sobrino y yerno del Profeta, y es de más estricta observancia. Ello supone un cambio de mentalidad en un momento difícil en que cruzados y turcos empiezan a inquietar los dominios del Islam, a pesar de lo cual los nuevos dominadores encuentran tiempo y lugar para fundar la capital actual, a la que denominan El Qahira (la victoriosa) y en ella la histórica universidad de El Azhar (la espléndida).

Un egipcio, Saladino, pone término a este período ya decadente, arruina los reinos francos y lleva al cénit el poderío egipcio, fundando la dinastía ayubita durante la cual se produce la intervención y la captura de San Luis Rey de Francia. También durante ella se construye la magnífica Ciudadela cuya posesión ha de ser en lo sucesivo el símbolo del dominio de El Cairo y de Egipto. Decaída esta línea, un cuerpo auxiliar de esclavos comprados para el servicio de las armas, los mamelucos, se hace con el poder y gobierna el país a través de varias dinastías siendo este el período artísticamente más brillante del Egipto árabe. De todos sus gobernantes el más destacado es el gran caudillo Baibar, que lleva de nuevo los confines egipcios hasta comprender todo lo que llamamos el Próximo Oriente. Entre sus sucesores, el sultán Hassan construye la que tal vez sea la más considerable de las mezquitas de la capital. Poco a poco el poderío osmanlí va creciendo y, tras la toma de Constantinopla, es derrotado el último sultán mameluco y Egipto se convierte en una provincia turca.

Consecuencia de este largo período de casi nueve siglos es la población musulmana del país. No fue difícil la conversión de los cristianos, divididos por tantas querellas religiosas, a la nueva fe: el disgusto con que sufrían la dominación bizantina, la comodidad de la nueva religión que tiene en cuenta las necesidades y pasiones huma-

nas, la necesidad de convivir con el invasor, sin embargo respetuoso con las creencias anteriores, tuvieron en ello buena parte. La única causa de condenación para el mahometano es apostatar del Dios único, omnipotente y misericordioso. Las demás obligaciones, cuya inobservancia no priva del paraíso aunque disminuya sus goces, son la oración cinco veces al día, la limosna (deber que da al mendigo el derecho a solicitarlo), el ayuno en el mes de Ramadán y la peregrinación a la Meca. Al mismo tiempo se extendió el dominio de la lengua árabe, imprescindible para los usos de la vida diaria y para la lectura del Corán. Así, hoy más del 80 por 100 de la población es musulmana, casi todos sunnitas y por cierto extraordinariamente observantes, sin que experimenten por serlo en público y en presencia de extraños el menor complejo. Se dice que los musulmanes son fatalistas, pero ello no es rigurosamente exacto; la realidad es que confían en la misericordia de Dios y entienden que cuando les ocurre algo desgraciado es porque El, a través del infortunio, les deparará una suerte mejor. Ello tiene el inconveniente de que no se esfuerzan para superar la adversidad; la palabra *malesh* (paciencia, ¡qué se le va a hacer!) cubre todos los descuidos y todas las deficiencias.

Existen también algunos shiitas y sufis, emparentados éstos a nuestros místicos, y que gobiernan ciertas cofradías que veneran a varones tenidos por santos, celebrando de vez en cuando las correspondientes procesiones. Pero ambas sectas apenas tienen ningún papel. En cierto modo continúa el culto a los antepasados desaparecidos, mereciendo citarse la llamada "Ciudad de los muertos", que se extiende por varios kilómetros, llena de tumbas simples y de pequeñas mezquitas, a la que acuden las familias en el día correspondiente para celebrar modestos ágapes junto a sus difuntos.

Pero la fiesta musulmana más característica es el ayuno del mes de Ramadán que, como lunar, es variable cada año. Durante el día no pueden comer, ni fumar, ni, lo que es peor en aquel clima, beber, pero llegada la noche, cuando no llega a distinguirse ya un cabello blanco de un cabello negro, se entregan a sucesivas comilonas que duran hasta el amanecer. La animación de las calles, las danzas rituales en las inmediaciones de las mezquitas, la concurrencia de las gentes que hasta dormitan a sus puertas, supera todo lo pintoresco. De ello se resiente el trabajo diario y al finalizar el mes la gente está exhausta, ellos dicen que por el ayuno, pero a mi juicio la causa es que llevan un mes sin dormir. Sigue al ayuno el Curbán Bairán —lo

que los marroquíes llaman la Pascua Grande— en que durante tres días los matarifes recorren la ciudad sacrificando el cordero ritual a la puerta misma de las casas.

Sumamente importante, incluso desde un punto de vista político, es la jerarquía religiosa. No existe nada comparable a un clero, los que se dedican al culto son laicos y constituyen dos categorías, los imanes y los doctores, que juntos integran el cuerpo de los ulemas. Su influencia es extraordinaria, aun en el campo seglar: en los años 1977 y 1978 se presentaron en la Asamblea, por imposición suya, dos proyectos de ley: uno, prohibiendo la venta de bebidas alcohólicas de todas clases; el otro, estableciendo la pena de muerte para los que apostaten de la verdadera fe. Ambos chocan de frente con la manera de ser egipcia, país probablemente el más tolerante de todos los islámicos, y por ello el gobierno transigió con la propuesta, pero echando agua al vino. Respecto a la primera ley se establecieron excepciones, tales como los hoteles y centros frecuentados por el turismo, los establecimientos en que podían servirse los coptos o los extranjeros y otras muchas, con lo cual la prohibición sólo quedó subsistente para los cafetines más modestos. Más grave era la segunda, puesto que la definición de la apostasía quedaba encomendada, bien a manifestación expresa del interesado, bien a testimonio conconde de dos honrados musulmanes. El Gobierno, como decimos, la envió a la Asamblea, pero allí quedó traspapelada hasta ahora.

En relación con la intransigencia de los imanes y otros elementos ultrarreligiosos está la proliferación de las sociedades secretas de este carácter. Nasser se empeñó en una lucha sin cuartel contra los “hermanos musulmanes”, fanática asociación fundada por un maestro de escuela y cuyo poder, un tanto mafioso, era muy importante. Creyó haberla extinguido, pero continuamente reflorece bajo formas diversas. Puede citarse el descubrimiento y extinción no hace mucho tiempo de otra denominada “penitencia y hégira”, que había asesinado a un ex ministro de asuntos religiosos. Asimismo es prueba de su organización y su poder el que, con motivo de los motines de enero de 1977, bandas de fanáticos recorrieron la larga avenida de las Pirámides destruyendo muchos de los *cabarets* y *night clubs* que en ella pululan. El presidente Sadat, creyente sincero a diferencia de su antecesor, sólo formalista, hace continuados esfuerzos para moderar estas intransigencias repitiendo en los Congresos de Ulemas que el Corán es un libro eterno, enviado por Allah y que, por tanto, no pue-

de oponerse a la evolución de la sociedad y al progreso de la técnica.

Un poco dados de lado por los monumentos faraónicos a que acabamos de referirnos, cosa que irrita a los creyentes, las manifestaciones de arte islámico son, sin embargo, muy notables. Mezquitas muy bellas como la de El Azhar y sobre todo la citada del rey Hassan con su escuela o madrasa adyacente, donde en minúsculos barrios separados reciben su enseñanza las cuatro ramas ortodoxas del sunnismo, son verdaderamente monumentos muy importantes, aunque no alcancen, ni de lejos, la magnificencia de nuestra mezquita de Córdoba. Puede decirse que no ha habido personaje importante o rico mercader en el Egipto árabe que haya dejado de construir algún palacio, escuela o mezquita. Cabe destacar al respecto la larga y abandonada calle Muiz y Din Alláh en la que puede decirse que, bastante arruinados la mayoría, todos sus edificios son monumentos importantes. Debe resaltarse que en el arte árabe, más decorativo que arquitectónico, el adorno de las construcciones con motivos geométricos o naturales, complicados pero armoniosos, o con sentencias escritas en caracteres árabes actuales o cúficos, adquiere importancia singular. Sus artistas brillan también en la talla de la madera (mimbres, celosías, puertas), así como en las artes menores, lámparas, vidrios coloreados, cerámica, iluminación de Coranes, tejidos, armas. Muestras de todo ello llenan el Museo de Arte Islámico, el segundo en importancia de la capital.

Son muy atractivos y animados los barrios populares con sus mercados y su continuo movimiento, mereciendo citarse, por ejemplo, los de Bab Zueila, Gamaleya (o de los camelleros) y, sobre todo, el del Khan el Khalili. En este famoso entorno se desarrolla lo que en otros países llamaríamos el zoco; entre el ir y venir incesante de peatones, ciclistas y hasta motoristas, bajo la mirada indiferente de los fumadores de narguiléh, se suceden en sus intrincadas callejuelas infinitas tiendas de toda clase de objetos, desde costosas joyas y antigüedades hasta recuerdos triviales de ínfimo valor. El oriental regateo, desarrollado ante los convites a té o coca-cola de los vendedores, hace que el tiempo transcurra sin sentir.

PERIODO TURCO. LA ORGANIZACION SOCIAL

Con Solimán el Magnífico se inaugura el período turco de la historia de Egipto, el cual, con diferentes modalidades, se prolonga durante más de cuatro siglos. El país era un dominio lejano para la Sublime Puerta y por ello su gobierno toma un carácter de delegación. Era jefe de la administración un Pachá como representante del Sultán Califa, al cual están supeditados los beyes y las diversas milicias, de las que la más importante sigue siendo la de los mamelucos. Poco a poco el sistema va degenerando hacia unas costumbres despóticas, absolutamente intolerables, interrumpidas por frecuentes revueltas, unas veces de elementos independentistas y otras de facciones de los mismos turcos, situación que se prolonga más de dos siglos y debido a la cual el país entra bruscamente en la oscuridad. A principios del XIX la expedición de Napoleón, gracias a las instituciones que allí establece y al apartamiento de los vencidos mamelucos, despierta la conciencia nacional de Egipto, a la vez que atrae hacia él la curiosidad de Europa. Con ello se inician en su historia las intrigas de las potencias extranjeras.

Un oficial albanés de los ejércitos del Sultán, Mohamed Ali, hombre de categoría excepcional, se une a los ulemas para expulsar a los mamelucos y al conseguirlo es proclamado virrey por sus aliados. Rechazando una intervención inglesa, dedica sus esfuerzos al fomento del país, construyendo presas para regular el regadío, realizando una verdadera revolución agrícola, dando entrada a nuevos cultivos, entre ellos el algodón. Promueve una industria naciente estableciendo fábricas de hilados; fomenta la cultura y la sanidad. Empleando los talentos militares de su hijo y heredero presunto Ibrahim (cuya estatua ecuestre es, sin duda, la más hermosa de El Cairo) organiza ejército y marina, que emplea en expediciones que de nuevo ponen en manos egipcias todo el Próximo Oriente, llegando a constituir una amenaza para Constantinopla. Alemania, Austria, Inglaterra y Rusia intervienen entonces compeliéndole, no obstante el apoyo de Francia, a evacuar sus conquistas. Pero consigue que su sucesión revista carácter hereditario y Egipto queda como una provincia otomana, que goza de un estatuto especial bajo una dinastía particular.

Muerto prematuramente Ibrahim, los miembros restantes de su casa se revelan a la desaparición de Mohamed Ali, de categoría muy inferior, y poco a poco lo por él conseguido va quedando muy degra-

dado. El más notable entre ellos es Ismail, quien consigue dar fin a proyectos ambiciosos en el dominio de las obras públicas (ferrocarriles y, sobre todo, el Canal de Suez cuya fastuosa inauguración preside). Pero su loca prodigalidad, dirigida a la adquisición de palacios por todo el país, a sostener el fasto de su corte y a comprar al Sultán el vano título de Khedive, le obliga a malvender su participación en el negocio del Canal y le conduce finalmente a una intervención franco-inglesa.

La irritación de los nacionalistas, a cuyo frente se pone el coronel Arabi Pachá, lleva finalmente en 1882 al bombardeo de Alejandría y a la subsiguiente ocupación inglesa de todo el país, que ya no terminará hasta el fin de este período. Durante la primera Guerra Mundial se establece sobre él el protectorado inglés. Terminada la contienda se devuelven a la dinastía competencias más aparentes que reales y Egipto, desligado de Turquía, se convierte en un reino, aunque intervenido por Inglaterra. El nuevo rey, Fuad, pretende mantenerse en un difícil equilibrio entre el pujante partido Wafd de Zaghul Pachá, de carácter marcadamente nacionalista, el ejército y dominándolo todo los ingleses. A su muerte era profundamente impopular y todo se aguardaba de su sucesor el joven Faruk, simpático y piadoso, esperanza de todos los egipcios. Dispuesto a satisfacerla se enfrenta con mayores dificultades aún que su padre, las cuales van a verse agravadas todavía más con las incidencias de la segunda Guerra Mundial. Poco a poco le domina el desánimo y se desliza hacia un descaecimiento que sus súbditos juzgan vergonzoso y que le lleva en definitiva a perder sin gloria su trono. Es cierto que no se mostró a la altura de las circunstancias, pero éstas hubieran exigido un carácter y una formación, de los que el rey carecía. Las circunstancias pudieron más que él, pero aún en su declinio mostraba señales de respeto a sus antiguas convicciones; cuando entraba en los *cabarets* llevaba la cabeza descubierta, dejando fuera el *tarbus*, cubrecabezas ya en desuso que siempre tenía cierto carácter ritual, y al fin de sus días, muerto en tierra extraña, dispone que sus restos vuelvan al suelo patrio. Ignorado de todos, en un ángulo del patio de entrada a la moderna mezquita de Er Rifai, construida por sus antepasados, bajo las losas del pavimento, sin inscripción ni marca ninguna, están enterrados los huesos del último rey de Egipto.

Es cierto que al final de este período los ingleses, principalmente, tuvieron una intervención destacada en la vida del país, que mejora-

ron muchos aspectos de su organización social y que bajo su autoridad la vida pudo resultar muy agradable para ellos, para los extranjeros en general y para los pachás y magnates egipcios, aunque el pueblo continuase viviendo su miseria. Pero no es menos cierto que por debajo de todo seguían en vigor los usos y la organización turca. En la misma dinastía, su fundador, casi más conocido con el nombre otomano de Mehmet Ali, ni siquiera hablaba el árabe y lo mismo prácticamente sucedía a varios de sus descendientes.

Durante su dominación decae mucho el arte en el país. Es cierto que Mohamed Ali construyó en lo alto de la Ciudadela la mezquita que lleva su nombre, suntuoso templo conocido con el de "mezquita de alabastro", en la que, entre otros regalos, cuelga una lámpara enviada por Fernando VII, pero hay que reconocer que se trata en realidad de un monumento turco al estilo de la Mezquita Azul de Estambul. La prodigalidad de los Khedives ha llenado Egipto de palacios y residencias, pero no es menos cierto que el gusto tradicional ha sido sustituido por uno bárbaro, simbolizado por esos sillones enormes, esos muebles desmesurados y el exceso de empleo del oro en la decoración. Muestra de todo ello podría ser la sala del trono en el palacio Abdin, la residencia oficial en El Cairo.

Ninguna clase de las actuales representaría exclusivamente en el país de hoy el paso de este período, como nos sucedió en los anteriores con los *fellahim*, los coptos o los musulmanes, pero en realidad podemos decir que en el fondo toda su organización social deriva de la turca. La prepotencia de los poderosos, el considerar que el cargo ejercido constituye a la vez un medio de enriquecimiento personal, la desmedida protección dispensada a los suyos, la afición a la precedencia y el protocolo son características de las clases dominantes. Si a ello se junta la servil sumisión de los súbditos, cuya vida incluso se menosprecia descaradamente, se comprenderá la ausencia de iniciativa que caracteriza toda esta vida y esta administración. Pero junto a estos defectos, la dinastía albanesa abrió la mano para la admisión de extranjeros, estableciendo, como en Turquía, un régimen de "capitulaciones" que permitió la entrada en el país de gran número de griegos, italianos, armenios, franceses e ingleses que contribuyen, al promover sus intereses, a elevar allí la cultura, la técnica y el comercio. La misma influencia se nota en la vida diaria: Egipto es, probablemente, el país islámico en que circula más gente vestida a lo occidental, en las comidas se sirven frecuentemente man-

jarés turcos, *pilaf*, *kebabs*, postres, muy buenos por cierto, como el *kunafah* o el *om ali*, coronando todo ello ese café sin colar, que viene a ser el sello estampado en todos los países que han pasado bajo el yugo otomano.

EL EGIPTO ACTUAL

Y es hora ya de dedicar dos palabras al Egipto actual. Sobre el efervescente nacionalismo que desde 1882 venía soliviantando las masas egipcias, la segunda Guerra Mundial proyectó una influencia considerable. Téngase en cuenta que las batallas decisivas que señalaron en Occidente el principio del fin, se riñeron en suelo egipcio. En El Alamein están los gigantescos cementerios que recogen los restos de los guerreros caídos y que responden en su arquitectura al respectivo carácter nacional: un enorme jardín en el desierto, para los de la Commonwealth británica; una fortaleza teutónica, para los alemanes; un amplio balcón sobre el Mare Nostrum, para los italianos, y un pronaos dórico, algo teatral, para los griegos. El mariscal Rommel, como Alejandro, visitó el oasis de Siwa. Y los conspiradores egipcios llegaron a pensar que de este lado podrían recibir algún apoyo, lo que les trajo mayores dificultades con los ingleses.

Aún más determinante fue la desastrosa guerra reñida en 1948 por los países árabes, con la pretensión de arrojar al mar al nascente Estado de Israel. Su derrota fue resonante, y aunque tal vez el papel de Egipto entre ellos fue el menos desastroso, puesto que conservó Gaza y mantuvo inviolado su territorio, la influencia de la derrota resultó definitiva. La lucha había puesto de manifiesto la ineficiencia y la impreparación del Ejército egipcio y manifestado muchos escándalos que habían acompañado las adquisiciones de armamento y que llegaron a salpicar al mismo Soberano.

En consecuencia, el 23 de julio de 1952 estalla una revolución preparada por un "Comité de Oficiales Libres", que dirige el comandante Gamal Abdel Nasser. Conspiración un tanto *sui generis*, pues venía desarrollándose desde hacía doce años y su preparación era tan floja, que el mismo día del movimiento no se pudo encontrar al capitán Anuar el Sadat, quien estaba encargado de los enlaces, porque se había ido al cine con su mujer. Sin embargo condujo a la abdicación en su hijo del rey Faruk.

Diez meses después se proclamó la República, teniendo como presidente a uno de los héroes de la guerra antes citada, el respetado y valiente general Naguib, negociándose seguidamente la evacuación de Egipto por las tropas inglesas, salvo la zona del Canal. Nasser, mucho más político y más ambicioso que Naguib, le depone a los quince meses y se hace cargo del Gobierno de Egipto. Uno de sus primeros actos fue concertar un tratado de amistad con la U.R.S.S. y adquirir en Checoslovaquia armamento soviético.

El año 1956, con pretextos relacionados con la deseada construcción de la presa de Asuán, nacionaliza la Compañía del Canal de Suez y sólo la intervención de Rusia y Estados Unidos le salva de la desleal colusión en contra suya de Inglaterra, Francia e Israel. Intenta una unión con Siria, que fracasa. Y, por fin, en 1967, creyendo segura la victoria, fuerza una guerra con Israel en la cual el desastre para Egipto fue completo y hasta sonrojante. Con ello el Nasser arrogante, seguro de sí mismo, pretendiente a que su país fuese a la vez el primero del mundo árabe, el guía de Africa y el centro del tercer mundo, ha terminado. Su muerte, muy llorada, ocurrió hace ya más de diez años.

El balance de esta actuación, verdaderamente deslumbrante, no resulta hoy demasiado positivo. Indudablemente elevó el prestigio internacional de Egipto a una altura a la que jamás había llegado, constituyéndole en peón a tener en cuenta en los asuntos mundiales y colocándole en primer lugar para cualquier posible solución del problema del Oriente Próximo. Al mismo tiempo satisfizo cumplidamente los anhelos nacionalistas de su pueblo y devolvió a éste una confianza en sí mismo por la que durante mucho tiempo venía luchando. Pero, en cambio, dada la mala situación económica, que sus empresas agravaron, quedó en dependencia de los países árabes petroleros, está desinteresada pero condicionante en sentido religioso y conservador, y sobre todo de Rusia, con una pesada contrapartida en el campo político y la carga de una abrumadora deuda que precipitó aún más la ruina.

Todavía hay que añadir, como consecuencia de las medidas radicales adoptadas, el éxodo de las colonias extranjeras a que anteriormente nos hemos referido, lo que supuso una nueva dificultad por la ausencia de técnicos y de empresarios que llevó consigo; con ellos se exilió también el antiguo estamento indígena más cultivado, lo que

dio origen a lo que el yugoslavo Djilas llamaba en su país la “nueva clase”, muy inferior. Peor aún fue la suerte de la colonia judía, a la que se persiguió y se despojó sistemáticamente; solamente existía activa en El Cairo una pequeña sinagoga, situada en el barrio copto del que antes hablamos, la cual, en un descuido indescriptible, guardaba una torah y algún objeto de valor, estando al cuidado de un pintoresco anciano que, en un lenguaje más bien mímico, mostraba el pretendido lugar donde Moisés fue rescatado de las aguas por la hija del Faraón. Con los acuerdos de Camp David ésta se ha cerrado, reabriéndose, en cambio, la denominada Nueva Sinagoga, en el centro de la capital: ganan las apariencias lo que pierde lo pintoresco.

La guerra de 1967 y el subsiguiente período de desgaste supusieron muchas destrucciones que arruinaron particularmente la zona del Canal, en especial la ciudad de Suez que quedó arrasada, obligando a estas poblaciones a refugiarse en El Cairo que creció con ello monstruosamente. El problema que esto supuso para los servicios públicos resultó agravado por la necesidad de dedicar la mayor parte de los recursos disponibles a mantener un ejército desmesurado, consecuencia de un estado de guerra que ha durado treinta años. Resultó forzosamente obligado desatenderlos, con lo que últimamente llegaron a un estado de total colapso, que ahora obliga a su completa reconstrucción.

La gran obra de Nasser fue la presa de Asuán que dio origen al lago que lleva su nombre y que es el segundo embalse del mundo. Pero aún ésta da motivo a pensar que sólo se trataba de otra manifestación megalómana. Las ventajas obtenidas fueron mucho menores de lo proyectado y los inconvenientes mucho mayores que lo previsto, y hoy, de los ocho generadores gigantes montados en la central eléctrica aneja, sólo funcionan dos y ello por falta de las líneas de conducción de energía a otros puntos del país. El que esto es así parece confirmado por el nombramiento de una Comisión encargada del estudio, y remedio en lo posible, de los inconvenientes que van resultando de esta construcción.

El sistema político de Nasser se fundaba sobre todo en los plenos poderes de que siempre disfrutó. En el papel, era un régimen de partido único con una Asamblea del Pueblo, en la que la mitad de sus miembros eran obreros y campesinos y servido por una gigantesca burocracia, por los jefes de los “gubernoratos” en que se divide la

nación y por una policía que empleaba métodos bastante desenvueltos, como el espionaje doméstico y los campos de concentración, y que es siempre muy eficiente para los asuntos que interesan al Poder.

Por no estar bien establecido el sistema de sucesión, a la desaparición de Nasser se produce cierto desconcierto del que emerge como presidente, sin duda porque sus pares le juzgaron el menos temible, el que era vicepresidente de la República, Anuar el Sadat. ¿Quién es Sadat? Sadat es, desde luego, un oriental, pero reúne cualidades excepcionales en muchos aspectos. Es, ante todo, un egipcio, creyente y audaz, valeroso, leal y sobre todo preocupado por la situación de su país y de su pueblo. Visceralmente antiruso, es marcadamente prooccidental y ha figurado siempre entre los dirigentes árabes conservadores.

Uno de sus primeros actos es la ruptura con Rusia, previa la anulación de los miembros del triunvirato filocomunista que en sus últimos tiempos dominaba a su antecesor y a los que, a pesar del tiempo transcurrido, mantiene aún detenidos. Se empeña a continuación en la llamada guerra del Ramadán que, aunque militarmente podría calificarse como más bien perdida, políticamente se ganó y representó para Egipto un resurgimiento de su moral y un desquite de la derrota de 1967, que permite a Sadat afrontar todas las dificultades para llegar a una paz que, con su realismo, sabe le es imprescindible.

Desde entonces se celebra la fiesta que podemos considerar propia de este período: la parada militar del 6 de octubre, en cuyo día desfilan durante dos horas las unidades más selectas, exhibiendo el material militar de que disponen, todavía procedente, en su mayoría, de la Unión Soviética, y difícil, por tanto, de mantener. Formadas por una misión rusa, heredando la preocupación soviética por el secreto, las Fuerzas Armadas viven una vida aparte, sin que nadie sepa lo que piensan, pero es indudable que constituyen un elemento esencial que no puede perderse de vista al pensar en el futuro de Egipto.

El régimen de Sadat es incomparablemente más humano que el de su antecesor, habiendo suprimido en gran parte el espionaje interno y disuelto los campos de concentración. En política, él siempre ha tenido el poder absoluto, pero trató de liberalizar aparentemente el sistema habiendo permitido partidos políticos, aunque negando, por ejemplo, el renacimiento del Wafd. Había manifestado el propósito de renunciar su oficio en 1980; por el contrario se ha hecho designar

piebiscitariamente presidente vitalicio. Esto, su desenfrenado nepotismo y las dificultades que en el mundo árabe plantean los acuerdos de Camp David, son nubes que pueden ser preludio de tempestades futuras.

Ha sido el heredero de una situación económica desastrosa, en la cual el sector primario, con métodos primitivos, no produce frutos suficientes, aunque algunos sean excelentes, para alimentar la crecida población; la industria es incipiente y el comercio está muy dificultado por las complicaciones burocráticas y la falta de contrapartidas. Algunos proyectos tratan de llevarse adelante para remediar la situación. Entre los más realistas está la explotación del petróleo existente en el Sinaí y en el Delta, gracias al cual Egipto es ya más que autosuficiente y del cual espera una exportación por valor de mil millones de dólares. Otro lo constituye el Canal de Suez, que con los ingresos que ya produce y que con excelente criterio se dedican íntegros a su mejora, calculan ha de rendir otro ingreso análogo. Queda por último el turismo, un tanto rudimentario aún, pero para el que está previsto fomentar las instalaciones hoteleras y otros extremos, incluida la navegación por el Nilo de barcos adecuados de recreo. Con todo ello, sólo gracias a subsidios o fuertes inversiones extranjeras, podrá salirse adelante.

La población total del país alcanza ya los cuarenta millones, con un crecimiento anual de un millón doscientas mil almas, problema agudísimo cuando por razones esencialmente religiosas no puede recurrirse a la limitación de la natalidad. Cerca de un 40 por 100 de dicha población se acumula en las ciudades. Aparte de las de algún modo ya citadas, El Cairo, que alcanza ocho millones de habitantes; Luxor, con cincuenta mil; Asuán, con ochenta mil, de ellos una buena parte coptos, no puede dejar de citarse la histórica Alejandría, que cuenta con dos millones y es hoy, en todo, una ciudad nostálgica. Su puerto, el primero del país, está siempre atestado de navíos que se ven obligados a estadías prolongadas; dispone de una larga cadena de playas aunque en la "cornisa", que podía ser muy bella, los horrendos y elevados establecimientos de baños taponan la vista del mar. Cuenta con museos, monumentos, mezquitas y palacios, como los de Ras el Tin y el de Muntazah con su espléndido parque, delicia de los ojos. Pero a pesar de ello añora su pasado cosmopolita, tan bien descrito por Lawrence Durrell en su "Cuarteto". Desaparecidas las colonias extranjeras, se refugia en una añorante existencia arti-

ficial en la que algunas familias y personas, aprovechando a guisa de Cuerpo Diplomático el numeroso consular allí establecido, pretenden seguir viviendo aquella vida que ya pasó.

A orillas del Canal existen tres ciudades, Port Said, Ismailía y Suez. Todas ellas desarrolladas por la vieja Compañía, destruidas por la guerra, están siendo actualmente levantadas de nuevo. La presencia del Canal con el desfile de los cinco convoyes diarios y su orilla occidental cubierta de vegetación, gracias al agua dulce llevada desde el Nilo, hacen de esta región una comarca muy atractiva.

Resulta difícil subsistir, puesto que los sueldos y los salarios son muy bajos y sólo lo hacen posible los precios políticos que aún rigen para muchos artículos de primera necesidad. Ello obliga a conceder subvenciones cuyo importe representaba el segundo renglón del presupuesto, inmediatamente detrás de los de defensa de un país en estado de guerra. A pesar de todo, la vida es animada; las ciudades están colmadas por una multitud de peatones y un tráfico intensísimo y todo en ellas resulta extraordinariamente pintoresco. Resalta sobre todo la bondad de la gente del pueblo, que sale adelante con grandes dificultades, alimentándose con lo indispensable, sometidos a racionamientos, sin probar apenas la carne, pero sin perder sus buenos modos y hasta un cierto agrídulce sentido del humor.

Respecto a España los egipcios mantienen, un tanto inconscientemente, una actitud amistosa y hasta llena de afecto. Quizá nuestro desinteresado sostén a la causa árabe, el aprecio que hacen de nuestro *folklore*, el desprendimiento que los españoles han marcado siempre en las relaciones mutuas y una indefinible corriente de simpatía, contribuyen a ello. Tal vez ésa sea la causa de que al retribuir la ayuda internacional para el salvamento de los templos nubios, sólo regalaron tres: a Estados Unidos, Holanda e Italia, y a nosotros el de Debod, que luce en el Parque del Oeste, de Madrid.

Un viaje a Egipto presenta algunos inconvenientes: defectos sanitarios, incomodidades en las instalaciones y complicaciones burocráticas, entre ellos. Pero a poco que se procure comprender la situación y considerar la región del mundo en que nos hallamos, si prescindimos de nuestra pretenciosa superioridad occidental, miraremos con gran aprecio lo mucho que allí hay que admirar.

Verdaderamente tenía razón Napoleón cuando sentenciaba que en esa tierra cuarenta siglos contemplan al que allí llega. Un refrán egip-

cio dice que quien bebe agua del Nilo retorna siempre a sus riberas. Y yo puedo aseguraros que por mi parte he conseguido ya una vez que el dicho sea realidad.

Estoy convencido de que mis pobres palabras, fruto de una estancia allí, que empieza a ser añorante, son reflejo de la realidad, y aquellos que tengáis la suerte de realizar esta visita, seguramente corroboraréis lo que he expuesto en esta charla. En cuanto a mí, os doy las gracias por haberla soportado.

NOTA COMPLEMENTARIA

Las consideraciones anteriores fueron desarrolladas en dos sesiones académicas, a mediados del mes de mayo del año corriente. Los acontecimientos que en Egipto ocurrieron hasta el mes de octubre no hubieran exigido una mención especial, puesto que más o menos eran un desarrollo de lo que ya se señalaba en la exposición anterior. Sin embargo, la gravedad del atentado que con increíble y nunca usada alevosía, acabó el 6 de octubre con la vida del presidente Sadat y las consecuencias aún larvadas que de ello pueden seguirse, parecen imponer la formulación de algunos comentarios.

Ya en el curso de la disertación anterior se resaltaban los peligros que podían representar nuevas actitudes adoptadas por el presidente, unidas a la creciente agitación islámica. No cabe duda que los acontecimientos del Irán, la aspereza de las negociaciones con Israel, la despiadada alienación de los dirigentes árabes, incluso de los moderados, y dentro de ella los turbios manejos del más radical de los mismos, explican que el clima político fuera enrareciéndose.

Pero aun así parecía un tanto extemporáneo que Sadat, que blasonaba de mucho más tolerante que Nasser y que en las cuestiones religiosas se había producido siempre con cuidadoso tacto, se embarcase súbitamente en una oleada de detenciones y extendiese la persecución a los fanáticos, hasta incluir en ella a los más bien inocuos coptos monofisitas, encerrando a su habitualmente mimado Papa en el desierto, en uno de los semiabandonados monasterios del Nadi Natrum.

Designado para asistir con la Delegación española a los funerales en El Cairo, procuré informarme en lo posible —ya que nuestra per-

manencia allí, incluidos los actos y la noche, no llegó a las veinticuatro horas— de lo ocurrido. Al parecer, por todas las causas antedichas, la tensión de los integristas había llegado a tal extremo que era necesario hacer algo con urgencia para cortar el alud que se venía encima: de aquí la masa de detenciones que buscaba, y en conjunto lo consiguió, desorganizar la conspiración. En cuanto al ataque a los coptos se trataba, a mi juicio, de dar a los "creyentes" una de arena, ya que se les estaba dando una de cal.

Y así surgió el insólito atentado que, al menos en lo que respecta al Egipto interno, parece efectivamente un golpe aislado: el Ejército que estaba en el lugar se retiró disciplinadamente a sus acuartelamientos y no se movió; no hubo, a pesar de la sorpresa, movimiento de fanáticos o de otro género. Resultan en cambio al menos sospechosas las casi simultáneas manifestaciones jubilares en algunos países "hermanos". Por lo que pude observar, el sentimiento popular era ampliamente dolorido, aunque debe tenerse en cuenta que el egipcio, muy sensible a la demagogia, es espontáneamente pasivo y que las autoridades tuvieron dos preocupaciones: evitar los desórdenes que marcaron el tumultuario entierro de Nasser y garantizar la seguridad de la impresionante masa de personalidades occidentales que acompañaban el entierro (con contadas y modestas excepciones, todos los árabes estaban ausentes). Por aquella razón los funerales resultaron sensiblemente oficiales y fríos.

Con este terrible crimen se abre una interrogante para el porvenir de Egipto, de todo el Oriente Medio y aún, posiblemente, del mundo entero. Cabe preguntarse, en primer lugar, quién es el personaje a cuyas manos han venido a parar las riendas del Gobierno de aquel país. Hosni Mubarak es, ante todo, un militar profesional. En este aspecto dejemos que sea el propio Sadat el que nos dé su juicio acerca de él. En su libro "En busca de identidad", nos dice: "Hosni Mubarak, que mandaba nuestra aviación, había hecho maravillas... Lo que había hecho la aviación egipcia constituía una epopeya notable, una proeza heroica y gloriosa" (dejamos aparte lo ditirámico, tan oriental, de los adjetivos) añadiendo más adelante, cómo por esa conducta, "debía pedirle más tarde que dejase el uniforme y me ayudase en calidad de vicepresidente".

Humanamente, el nuevo presidente es un hombre honesto, desinteresado, estricto y discreto, cualidades no siempre comunes en un

levantino. Como vicepresidente fue un leal colaborador de su jefe, desempeñando correctamente misiones en algún caso difíciles y permaneciendo siempre en la sombra tras su superior. Aunque formado como piloto en la Unión Soviética, sus sentimientos se manifiestan más bien pro-occidentales. No ha puesto de manifiesto las dotes políticas propias que pueda atesorar; es, simplemente, un excelente oficial, pero también Sadat, al heredar en circunstancias igualmente difíciles a su antecesor, era una incógnita, y, a mi juicio, no se quedó atrás al comparársele.

Mubarak hereda la presidencia de Egipto en situación más que difícil. En el aspecto económico, aunque en lo privado pueda notarse cierta mejoría, el Estado vive prácticamente de prestado. No hay que insistir en el peligro que representa la agitación religiosa. Israel, causa primera del magnicidio, persiste o aún agrava su intransigencia ciega; hasta resulta ahora en peligro la restitución pactada de la mitad que aún ocupa en la península del Sinaí. Los países árabes mantienen frente a él la misma intransigente postura que tanto desestabilizó al presidente sacrificado. Sin una ayuda resuelta, generosa y sin reservas de Occidente, difícil pero indispensable, resulta más que dudoso que el régimen egipcio pueda salir adelante. La contrapartida sería un cambio hacia un caos a lo iraní o a una radicalización a lo libio; en todo caso, una pérdida para Occidente y una ganancia para la U.R.S.S., con la posibilidad de un conflicto, que podría llegar "in extremis" hasta el apocalipsis de la guerra total.

Madrid, noviembre 1981.